

abrigo de semejantes efugios, cuando tenemos patente y á la vista un camino derecho que podamos seguramente seguir. Porque á cuantos atribuyen al género humano indefinida ancianidad, podemos decirles: vuestras razones nada prueban, ni concluyen el intento; luego no es posible apartarnos de la referida cronología.¹

No puede ponerse duda, repetimos, en que la cronología bíblica flota incierta; es tan vario el cómputo de los intérpretes, que bien podemos afirmar que no tenemos cosa cierta en los años de la historia sagrada. Mas también es muy gran verdad que esto, positivamente hablando, es cierto; pero negativamente no; conviene á saber: la Biblia no determina qué número tasadamente de años abrace la existencia de la humanidad, ni la Iglesia precisamente los define; pero no consiente la Biblia que se excogiten límites exagerados, sin qué ni para qué, dando de mano á los razonables que están en uso entre los fieles. Luego positivamente no tenemos cronología bíblica; pero negativamente sí; poseemos los dos términos extremos, entre los que puede oscilar la cantidad real positiva, fuera de los cuales sería cantidad imaginaria la edad de la especie humana.

Lo cual no puede lisonjear la vanidad de los arqueólogos, porque también ellos andan entre dos aguas; su cuenta varía de diez mil años á un millón y más. Si, pues, nuestra edad no tiene asiento seguro, sino que está entre cuatro y ocho mil años; y los arqueólogos cuentan la prehistórica entre diez mil y cientos de miles de años; ninguna suerte de justicia, repetimos, les asiste á ellos para deschar la cro-

nología eclesiástica, y exigir que caigan los hombres ante su faz y adoren reconociendo su antiquísima edad, cual si fuera fecha autenticada y sin disputa. ¿Quién no descubre en la arrogancia de esta pretensión la guerra sorda y sistemática que á la Biblia se hace por los amigos de novedades? Si es fácil arbitrar sistemas, no es sino muy arduo apoyarlos en razones macizas; que el piélago de las hipótesis es anchuroso, pero malo de vadear y muy expuesto á peligro de naufragio. Los exégetas católicos tienen bien consultados y examinados todos los códices, y vistos y pasados los senos del vasto mar de las Escrituras; y así no es creíble que anden, tocante á la suma de años, tan errados y mentirosos como la arrogante interpretación quiere suponer.

«Lo que aquí no debe perderse de vista, dice el cardenal González resumiendo el debate, y lo que en realidad representa el pensamiento cristiano con relación á este problema, es que ni la Biblia ni la Iglesia enseñan nada concreto y fijo acerca del tiempo transcurrido desde Adán hasta nosotros, y que, por consiguiente, hoy por hoy la ciencia, por este lado, tiene el camino expedito para entregarse á sus investigaciones propias, formular hipótesis, y, sobre todo, acumular hechos y datos que puedan conducirla á la solución definitiva del problema. Entretanto, es prudencia, no sólo cristiana, sino científica, suspender el juicio en cosa tan dudosa, de conformidad con el consejo de san Agustín: *Servata semper moderatione piæ gravitatis, nihil credere de re obscura temere debemus*.»²

¹ De Deo creando, disp. III, art. IV.

² La Biblia y la ciencia, 1891, t. II, p. 527.



CAPÍTULO XLVI.

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

ARTÍCULO I.

Verdad cristiana de la unidad de nuestra especie.—Los precamunistas y los poligenistas la menoscaban sin título ni razón.—Noción de especie, variedad, raza.—La semejanza y la filiación son dos elementos que determinan la especie.—Ley de la propagación en el cruzamiento de las razas.—Suéltanse algunas dudas.

CONVIENE bien distinguir el origen del primer hombre, y el de los demás hombres sus descendientes. Cuanto al origen del primer hombre, la ciencia humana calla y callará siempre, porque le faltan razones para afirmar cómo vino al mundo; pero la fe habla muy alto, más alto que del resto de los vivientes, y declara que las manos de Dios fabricaron su cuerpo y que su espíritu fué criado por el infinito poder, Emperador del resto de la humanidad; qué dice la ciencia? Nada que se oponga á la exposición de la fe. La paleoetnología va en aumento y adelanta, pero aún dista mucho de haber llegado al estado de madurez; ayúdase de la antropología, de la paleontología, de la geología y zoología en el ardor de sus pesquisas; mas hasta el día de hoy no ha formulado sistema, conclusión ni aserto que pueda mirarse como digno de toda fe. Con todo, de los museos reunidos, de las clasificaciones hechas, de los instrumentos hallados, de los congresos tenidos, resulta que el plan

indicado en la Biblia no disuena de la interpretación dada por la ciencia prehistórica al origen y desenvolvimiento de la humana especie después del pecado y caída de Adán.

Pongamos en primer lugar la enseñanza de la religión católica, tocante á la unidad de la especie humana. Constante clamor de las divinas Letras es que antes de Adán ningún hombre había venido al mundo. «No había hombre ninguno que labrase la tierra antes de ser formado Adán». Después de formado, antes de la creación de Eva consta que: «No existía hembra que le fuera semejante é idónea», y que en viéndola formada, Adán «llamóla Eva, es á saber: madre de todos los vivientes». De aquí es razón inferir que ningún ser humano fué primero que Adán, y que antes de Eva sólo existió Adán, padre del universo mundo, como le apellida el libro de la Sabiduría. Lleno de esta verdad el Apóstol de las Gentes pregona: «Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y en pos del pecado la muerte; así por todos la muerte pasó por el mismo caso de haber todos incurrido en pecado». Y quién fuese el hombre, lo expresaba diciendo: «Como en Adán todos mueren, en Cristo todos reciben vida»; y más claramente se lo anunció á los ate-

¹ Gen., II, 5.—² Gen., II, 20.—³ Cap. X, I.—⁴ Rom., V, 12.—⁵ I Cor., XV, 22.



nienses por estas palabras : « Hizo Dios que de uno solo naciese el linaje humano que habitase toda la tierra ».

Vió san Agustín tan de bulto esta verdad, que exclamó lleno de gozo : « En el principio Adán y Eva eran los padres de todas las gentes, y no sólo de los judíos; y cuanto se figuraba de Cristo en Adán, á todas las gentes se extendía y aplicaba. » En otra parte dice : « ¿ Quién será capaz de comprender esta alteza incomprensible, y escudriñar lo que no se puede rastrear, cómo crió Dios en tiempo con inmutable voluntad al hombre temporal, ante quien jamás hubo otro hombre, y con quien sólo multiplicó el linaje humano ? » Y más adelante da una razón propia de su levantado ingenio, diciendo : « No será dificultoso de ver que fué mucho mejor lo que Dios hizo cuando de un hombre multiplicó el género humano, que si comenzara por muchos »; pues la fraternidad es base de la unión y paz general, como lo prosigue más abajo en esta forma : « Ni tampoco la naturaleza pudiera testificar más cómodamente contra el vicio de la discordia, ó para prevenir y guardar que no la hubiese, ó para quitarla cuando la hubiese, que trayéndonos á la memoria aquel primer padre, á quien por eso quiso Dios criarle único, de quien la demás muchedumbre se propagase, para que con esta adición se viniese á conservar también entre muchos la unión concorde ».

Todo esto es de san Agustín, en cuyos labios se reverberan las voces de todos los Doctores de la Iglesia testificando la unidad de la especie humana.

Quien reparare cómo Caín pudo edificar aquella ciudad que en el Génesis leemos, sin tener copia de oficiales,

máquinas y gente diestra, cuando la familia de Adán á malas penas había crecido, piense que al llegar Caín á la edad madura habían ya nacido y tenido sucesión hijos é hijas, y que en los ciento treinta años que contaba la humanidad á la muerte de Abel, pudieron llegar los hombres á razonable suma de miles; porque si Petavio hizo la cuenta que en 350 años, á la muerte de Noé, de ocho personas pudieron procrearse hasta un millón de descendientes ¹ y levantar la torre de Babel, no será fuera de razón pensar que de pequeños principios creció incomparablemente el linaje de los hombres en la persona de Caín. Ni mayor dificultad presentan las tradiciones de gentes que se estimaron aborígenes ó naturales de la tierra que habitaban, como Platón, Eurípides, Aristófanes y el mismo Cicerón cuentan de los griegos: porque semejantes fábulas las inventó la vanidad y el apetito de gloria, junto con el afán de poetizar.

En los lugares alegados de la santa Escritura y con la interpretación y doctrina de los Padres, queda, pues, canonicada la unidad de la especie humana.

Contra la firmeza de esta verdad, que frisa con el dogma del pecado original, levantó la voz el calvinista Peyrère, en el siglo xvii, intentando probar en un libro por título *Los Preadamitas*, como en otra parte se dijo, que Adán es el primer padre de los judíos, mas no el ascendiente universal de todos los hombres; pareciéndole que antes de Adán había habido hombres en el mundo, por cuanto primero que se intimase la ley á Adán á nadie había sido imputado el pecado, por más que estuviere la ley en vigor. Confundía aquí el calvinista la ley dada por Dios á Moisés con la ley promulgada al primer hombre; de cuya con-

fusión venía erradamente á concluir que antes de ser Adán, muchos otros hombres habían gozado de vida en la tierra. Felizmente el docto Selden y otros celosos teólogos salieron al campo contra este novador, y jugaron valerosamente las armas, haciendo que abjurase sus errores, como parece lo hizo al cabo de un año en manos de Alejandro VII.

Mas, á pesar de tan honrosa sepultura, renacieron los preadamistas más audaces, y como vestiglos parecieron por doquier en nuestra edad, condenada á ver correr insolentes todos los errores juntos: y lo que más es, este desatino ganó en Alemania y en América estima y autoridad desde que la antropología comenzó á hacer sus correrías. Los monogenistas por una parte, que celebran una sola especie humana y tienen las diferencias en posesión de razas y castas; y por otra los poligenistas, que establecen ó tantos troncos como ramas, ó centros separados en diversos lugares de la tierra, ó creaciones humanas antecedentes á Adán, forman en el día de hoy dos haces que combaten á la descubierta y en batalla campal, los unos en pro y los otros en contra del padre común de los hombres.

Primeramente, Buffon, Cuvier, Humboldt, Blumenbach, Blainville, Geoffroy-Saint-Hilaire, Pritchard, Flourens, Quatrefages, Gratiolet, Hollard, y otros eminentes ingenios, han sido desmedrosos y resueltos en tomar las armas en favor de la unidad de nuestra especie. Pero otros, sin embarzarse en asertos, nivelando el ser del hombre con la suerte de los demás organismos, han imaginado centros principales de creación humana, como Virey que cuenta dos, Bory Saint-Vincent que quiere quince, Agassiz que pone solos ocho, Desmoullins que se alarga á diez y seis, y aun Knox, Nott, Gliddon y otros han partido la humanidad

en tantas especies zoológicas y en tantas cabezas cuantas son las naciones ó las poblaciones marcadas por caracteres fijos y estables. No pasemos en silencio que los fautores de la esclavitud de los negros son los que con más calor encarecen y divulgan el triunfo del partido poligenista, por parecerles que la unidad de la especie humana obscurece la gloria de la excelencia y de los derechos que ellos creen tener sobre la barbarie y miseria de los demás hombres. Y dado caso que las teorías inventadas para colorear estas marañas hayan perdido ya crédito y autoridad, y al presente pasen sólo por osadías de genio, mas en nuestros días es un deber del polemista dejar bien afianzada la verdad, y limpio el camino de trabas y cavilaciones.

Para lograrlo con acierto, conviene poner por fundamento, que la unidad de la especie humana no hay ciencia que alcance á demostrarla con absoluta evidencia, como lo hace la palabra revelada. No le es posible al sabio subir con sus pesquisas hasta la primera familia; los hechos averiguados por la anatomía y la fisiología no bastan para la solución del misterio; la lingüística y la etnografía son cortas para esclarecerle del todo; la ciencia con todos sus pertrechos no tiene aliento para más. Establecer puede en bases sólidas los datos y condiciones del problema, mas no es capaz de darle cabal respuesta. Lo único que la severa crítica tiene derecho á exigir es que la unidad de la especie humana quede del todo calificada y justificada, y se demuestre cómo el cúmulo de investigaciones de la ciencia experimental no es suficiente á eclipsar el resplandor de esta verdad. La tesis religiosa lleva tras sí los ánimos, y vence, y arrolla todos los inconvenientes de la ciencia profana. Así es que la controversia pierde la mitad de su aspereza.

Á fin de proceder con más orden,

¹ Act. ap., xvii, 26.

² De Civ. Dei, l. xii, cap. xiv.

³ Ibid., cap. xxi.

⁴ Ibid., cap. xxvii.

¹ De doctr. temp., t. ii, l. ix.

² Cap. xiii, art. iii.

será bien declarar el verdadero ser de la especie, y definir su propia entidad. Según las varias nociones que de ella nos han dejado los maestros de la ciencia zoológica, dos elementos esenciales la constituyen: la semejanza y la filiación. He aquí cómo definen varios autores la especie en común. Según Buffon, es «una constante sucesión de individuos semejantes y capaces de reproducirse uno á otro». Según Candolle, «una reunión de todos aquellos individuos que se asemejan más que otros, y son hábiles para reproducir su semejanza, por proceso generativo, de maneja que puedan presumirse descendientes todos de un solo ser ó de un solo par». Según Müller, «una forma viva representada por individuos que aparecen en el producto de su generación con ciertos caracteres, y es constantemente reproducida por el acto generativo de individuos semejantes». Según Pritchard, «separado origen y distinción de raza, constituida por constante transmisión de algunos peculiares caracteres de la organización». Según Woodward, «todos los individuos que son tan semejantes que podemos creerlos descendientes de un común tronco».

De estas definiciones se sigue que la filiación y la semejanza son dos divisas de la especie. La semejanza puede ser de muchos grados, y por ellos difieren los individuos de una especie engendrando variedades, que si llegaren á perturbar el ejercicio de las funciones orgánicas serán monstruosidades. La filiación ó parentesco hacen que los individuos hereden un organismo semejante á aquellos que los engendraron: de donde cuando la variedad dicha se propaga y perpetúa por vía de filiación se origina la *rasa*, que viene á ser «la muchedumbre de individuos semejantes que conservan establemente una variedad por vía de generación». De aquí se toma la definición de la *variedad*, que es «la muchedumbre de in-

dividuos que, nacidos de un mismo tronco, difieren de los de su especie en una ó más notas características». Es, pues, la *especie* «la multitud de individuos entre sí semejantes y descendientes de un mismo origen». De manera que la *variedad* se constituye por la desemejanza externa de individuos de una misma especie; la *rasa*, por la propagación de una variedad de padres á hijos; la *especie*, por la semejanza externa é interna granjeada por vía de generación.

Empero se deben advertir con sumo cuidado dos cosas muy importantes en esta materia. La primera es que la semejanza, con ser elemento esencial de la especie, es cosa muy vaga é indeterminada, y en ella podrá esconderse engaño ó yerro si faltare la cautela conveniente; porque tales podrían ser los rasgos de seres de una misma especie, que, mirados por defuera y á bulto, pareciesen señalar diferencia específica; así como tan una podrá ser la fisonomía de dos animales de distinta especie, que parezcan pertenecer á una sola. El cuervo y el mirlo no pueden disimular el engaño con apariencias de más igual semblante; y de especie diversa son: al revés, el caballo inglés y el flamenco, siendo de una especie, saben desmentirlo con marcas muy desiguales.

Lo segundo digno de notarse es que la noción de parentesco ó de filiación define la especie más á lo propio, pero es más difícil sujetarla á condiciones determinadas. Un par de animales engendra siempre otros semejantes á sí, aunque más monstruoso sea el engendro; mas no será hacedero poner tasa á la fecundidad. Porque, ó las parejas son de igual especie y raza, ó de una especie y diferente raza, ó de especies del todo diferentes. En estos tres casos las leyes que en el cruzamiento se han observado son éstas: la junta de bestias de una especie es siempre fecunda;

la mezcla de especies diversas es siempre estéril, ó de limitada fecundidad; la unión de razas diferentes es en todo caso fecunda, y más tal vez que la de individuos de igual raza. Estas leyes son firmes y constantes, sacadas de la experiencia, y encierran en sí el dictamen más perentorio que posee la ciencia zoológica¹.

Si, pues, el hombre participa con los animales la facultad de propagarse, á la ley principal que los gobierna conviene que esté sometido. Según la cual, en el cruzarse las razas humanas reinará ilimitada fecundidad, si de veras forman una sola especie: engendros mestizos podrá haberlos, híbridos en ningún caso. Ahora, pues, veamos qué es lo que acontece, y qué efectos se han observado en la unión de blancos y negros, de europeos y americanos, de asiáticos y hotentotes. Traídos á examen y cotejo los estudios hechos por varones desapasionados, como Levaillant, Humboldt, Quatrefages, Bertrand, resulta que, lejos de ser estériles los cruzamientos, mayor número de individuos han dado que las parejas de una casta. Vencido de la fuerza de esta razón, escribía el anatómico Juan Müller: «Las razas humanas son formas de una especie única, que se juntan permaneciendo fecundas, y se perpetúan por vía de generación. No son especies de algún género; que si lo fueran en el cruzarse tornaríanse infecundas». Tan penetrada tenía Buffon la estabilidad de esta ley, que exclamaba: «Cuando el hombre quiso aclimatarse en tierras extrañas, mudó de semblante, y pareciera ser de especie diferente de los demás hombres, si no constase que, dondequiera, fué siempre capaz de fundar parentela y perpetuarla: de suerte que sus diferencias no son de origen, sus desigualdades

son exteriores y las alteraciones de su naturaleza sólo son superficiales; por lo tanto, son todos el mismo hombre con varia denominación².

Aquí pretenden los enemigos del monogenismo que los caracteres de casta son permanentes: y Topinard en particular asienta que los judíos, los negros y los blancos no han variado de color, ni alterado la condición del cabello, ni mucho menos la forma del cráneo y de la frente³. No pasamos por esa pretensión: es falso que perseveren los dichos caracteres. Muy al revés, son sin cuento los casos en que los influjos del clima, del alimento y vivienda perturban de todo en todos los rasgos de una casta. «El negro pierde parte de su tez cuando se le traslada á las tierras del Norte», dice Pruner-Bey. El negro atezado de África no sólo menoscaba la tez y las facciones, llevado á América, mas aun se le va aquel olor insoportable, porque demuda el rostro y muéstrase otro de lo que es: «en el espacio de 150 años dista de los blancos una cuarta parte menos que antes». Cuanto á los judíos, es indubitable que cambian el rostro natural según en qué climas viven. Porque los del Norte difieren de los meridionales; en la India los hay cobrizos; en la Abisinia prietos y de azabachado color⁴.

Si ahondamos más en este punto, veremos que hay razón para que no se constituyan castas nuevas sino con dificultad. Porque las castas se establecieron á los principios y adquirieron las cualidades que hoy poseen. Ayudábalas la mayor variedad y destemplanza de los climas, la flexibilidad del tipo humano, la docilidad de los temperamentos, el aislamiento de las familias, la falta de medios para gua-

¹ T. IV, p. 110.

² *Éléments d'anthropologie générale*, p. 86.

³ *Revue des Deux Mondes*, 1^{re} août, 1859.

⁴ *Les Missions catholiques*, 1879, p. 319.

¹ QUATREFAGES: *L'espèce humaine*.—GROBYOR: *Historia natur.*, t. III, chap. III.

² *Physiologie de l'homme*.

recerse del clima: en la actualidad, empero, las circunstancias son otras; la herencia transmite los caracteres, la industria da armas contra el clima, el tiempo fijó su variabilidad, el aislamiento es menos frecuente; de donde se sigue quedar burladas las influencias climáticas, que el tipo egipcio persevera cuarenta siglos sin mentir su fisonomía, que los indios que se remontan y tornan á la vida silvestre no por eso ensucian la tez ni se desunden de la figura adquirida en estado de domesticidad, y que, en fin, todas las naciones tengan estable y fijo su semblante, que el tiempo no adultera, ni está en la mano del hombre borrarle ó desmentirle.

Otra lanza, jugada por el propio Topinard, hemos de quebrar contra lo arriba afirmado. «El ser estériles las especies entre sí nada prueba, así como nada significa la fecundidad entre el blanco y el negro.» Esta objeción descansa en un falso fundamento. Presupone Topinard que la esterilidad entre especies es total, sin que sea posible el cruzamiento. No es verdad. El perro y el lobo, el caballo y el asno, la oveja y el cabrío, en el cruzarse son fecundos y se propagan: no tanto como los animales de una especie; porque entre éstos no tiene término la multiplicación, principalmente si se cruzan castas diversas de una especie, y harto lo saben los encargados de la remonta, los cuáles han de poner más cuidado en impedir que en procurar el cruzamiento. Mas especies diversas cuesta gran trabajo cruzarlas, y cuando esto lo consigue la vigilante diligencia, no obedece la fecundidad al deseo, y se frustra el intento de sacar un nuevo tipo. Acóplense liebre y conejo, nacerá de ellos el lepórico, que goza de ilimitada fecundidad; pero á pocas vueltas nacerán conejos y no

otros: por manera, que «la producción de un tipo nuevo dotado de caracteres estables, efectuada por animales de distinta especie, es negocio impracticable»; y, por el contrario, parejas humanas que engendran individuos de cualidades fijas no pueden constituir especies, sino sólo razas diferentes.

Esto tiene de peculiar la casta, que perpetúa algunos de sus típicos caracteres en el decurso de las generaciones. Aun cuando pasen del estado servil y doméstico á la vida cerril y montaraz, no se borra en ellos del todo aquella primera fisonomía que heredaron: ni el cerdo torna enteramente jabali, ni el perro se vuelve chacal, ni los árboles frutales pierden totalmente la condición que imprimió en ellos la mano del hortelano, cuando se pasan al estado bravío y selvático. Por igual efecto los mulatos y los mestizos americanos no reciben mengua en sus propiedades, ni vuelven á los tipos de sus padres, ni viene á menos la fecundidad de sus cruzamientos. De donde tenemos otra vez que la generación es el indicio de la especie. El fruto entre castas de una especie es fácil, copioso y bien logrado; entre especies diferentes dificultoso, limitadísimo y desaprovechado; y, por consiguiente, si las castas dan origen á castas, y si las especies son inhábiles á constituir especies, fuerza es concluir que el monogenismo triunfa y que el poligenismo se viene abajo con sus ruinosos fundamentos.

En un estudio lleno de erudición y saber, ha demostrado Suchetet que los casos de animales híbridos, entre las 150,000 especies que la zoología cuenta, son de poca ó de ninguna importancia. También junta copia de argumentos en prueba de que la fecundidad de los cruzamientos se logra entre variedades y no entre especies; que si entre

éstas salen á veces á medida del deseo, ó lo que engendran cae en esterilidad, ó vuelven á reproducir el tipo primero; de forma, que «la hibridación no modifica la especie, á lo menos de un modo permanente, ni puede admitirse que haya tenido prósperos sucesos ni influjo de cuenta en la evolución de los seres».

Para corroborar el valor de estas razones, baste declarar que los casamientos de blancos y negros en el espacio de tres siglos han acrecentado la población del globo en 1/70, y que la raza blanca siempre ha emparejado prósperamente con cualquiera otra; de aquí, ó las razas no son especies, ó deben inventarse leyes nuevas para efectos obvios y comunes. Si estas consecuencias no son admitidas por los poligenistas, deberán admitir en cada casta muchas castas; porque, en tal caso, harían especie de por sí los blancos, y también entre los negros habría sus especies, no menos que entre los europeos, y tantas cuantas fueren las variedades; y consiguientemente en cada nación será fuerza introducir diversidad de cepas originales, como quiera que muchas naciones europeas se diferencian entre sí en tantas calidades, condiciones y figuras de rostros como puedan diferenciarse las castas.

ARTÍCULO II.

Razones anatómicas.—El color de las castas; en qué consiste; á qué causa debe darse.—Cavilaciones de los transformistas.—Diferencias de vello, estatura, facciones, cerebro.—Ningún animal, excepto el hombre, es cosmopolita.

Mas entremos á tantear el peso de las dificultades que tanto encarecen los poligenistas. Sea la primera el color de la piel, que es su ajuiles inexpugnable. El color de

las razas, ¿es parte de la interna organización, ó depende de circunstancias accidentales? ¿Qué nos dice el microscopio sobre la piel del hombre? La piel tiene dos caras: la profunda se continúa con el tejido laminoso y fascias superficiales, y con la grasa subcutánea; compónese de fibras lamina-sas acompañadas de fibras elásticas, de substancia amorfa, de filetes musculares, de innumerables redécillas de arterias, venas, vasos linfáticos, nervios, y, en fin, de papilas sin cuento, sembradas en toda la superficie del cuero. La epidermis ó sobrepiel es una película finísima extendida sobre la dermis, de grosor diferente según la calidad de los órganos; consta de tres cuerpos sobrepuestos: superficial, pigmentario y mucoso, la capa pigmentaria llámase así porque tiene substancia orgánica negra (melanina) en granulaciones azoadas, y, según las razas, es de pigmento más ó menos abundante. El cuerpo mucoso de Malpighi está compuesto de células blancas estratificadas. La capa superficial es de células aplanadas, que se despiden vueltas polvillo ó escamas. En toda la epidermis no hay vestigios de vasos ni de nervios.

Es, pues, de considerar que la substancia de la epidermis es la misma en todos los hombres: sean del color que fueren, todos tienen las tres partes arriba indicadas é igualmente dispuestas. «Todos ellos poseen, dice el experto anatómico Dr. Calleja, unos elementos anatómicos celulares, conocidos con el nombre de *células pigmentarias*, las cuales gozan de la propiedad de contener dentro de sí la materia colorante negra. Precisamente las graduaciones que pueden existir en la cantidad de ésta determinan todos los colores; por esto puede decirse que forman una escala insensible, cuyo máximo le ocupa el color negro, que supone la mayor cantidad

¹ *Ibid.*

¹ HAMARD: *Congrès scientif. internation.*, 1888, t. II, p. 618.

¹ *Revue des questions scientifiques*, 1888, p. 244.

de pigmento, y cuyo minimum le forma el albinismo, que supone la carencia absoluta de substancia colorante¹. En esta declaración concuerdan los naturalistas Flourens, Quatrefages, Gutter, Koeliker, Simon, cuyos testimonios persuaden que el color de la piel descansa en la telilla media de la epidermis, y no en la profunda llamada *red mucosa* de Malpighi, como se creía hace poco; la cual telilla pigmentaria no es privilegio que tengan unos hombres y otros no, pero en unos es más fácil de ser impresionada y matizada que en otros. Con razón, pues, el antedicho Dr. Calleja advierte á los poligenistas de su error, diciendo: «Esta capa es la que injustamente ha sido considerada como aparato especial cromatógeno de los negros²». Y un tan ligero accidente no puede bastar á los neo-sabios para decretar que rojos, blancos, negros y cetrinos son hombres de diversa especie.

Á cuatro pueden reducirse los colores principales que en las castas más campean: blanco, bermejo, negro y bayo. El blanco ó albino es propio de hombres que moran en las partes más septentrionales de Europa, que tienen blanquísimos aun los cabellos, y el iris de los ojos casi rojizo. El color bermejo es de la raza caucásica, que habita en el Norte de Europa, costa malabárica, y otras partes del Asia; á este color del rostro acompaña el pelo blanco y el iris azul, y se empañan y ofuscan sus tintes á proporción de la edad. El moreno es el más general de la tierra; variedades suyas son el amarillo de los árabes, el cobrizo de los egipcios, el aceitunado de los mongoles; al color de la piel sigue lo pardo del iris y la negrura del cabello. El color negro es apropiado á las zonas abrasadas; y ora es de ébano

¹ Nuevo compendio de Anat. Descript., 1878, p. 53.

² *Ibid.*, p. 908.

claro, como en América; ora amarillo sucio, como en Persia; ora negro azabachado, como en África; corriendo parejas con el color del pelo el iris de los ojos.

¿Á qué causas debe referirse el color de las razas? ¡Ardua tarea! La primera sea el sol. El color viene á alterarse por la latitud del lugar, y también por lo claro ú oscuro del monte ó valle; así los habitantes de la zona tórrida son negros, y se les esclarece la negrura al paso que se alejan de la equinoccial; por esto son blancas las naciones de la zona templada. Si los lapones son cetrinos, sin deberlo al sol, regracienselo á sus antepasados, que de la fuerza de los rayos solares recibieron aquella tez. No debemos dificultar mucho que razas que corren por una misma latitud contenida entre los dos trópicos, se diversifiquen en el color; porque también confesamos que «la variedad del clima ó la mayor ó menor actividad del sol no bastan para la totalidad del efecto de la negrura ó blanca, y que sobre estos colores influye también la constitución física de cada país y sus producciones». Así lo dice el P. Lorenzo Hervás³, notando cuánta consonancia hacen los cabellos y la barba con el color de las carnes; y que en los etíopes la negrura produzca efectos notables en su pelo, es tan cierto como lo es que los europeos, por ser blancos, tienen el pelo de vario color.

América hace lampiñas casi todas las gentes de color aceitunado. «Son los chilenos, dice el P. Alonso de Ovalle, los más blancos de América, y los que nacen en más altura al polo, y en regiones más frías lo son más.... Todos, así hombres como mujeres, tienen el pelo negro y muy duro y grueso, de manera que los mestizos, que son los hijos de español y de india, no

³ *Hist. de la vida del hombre*, t. v, trat. II, cap. IV.

hay otra señal para distinguirlos del puro español sino en el pelo, que hasta la segunda ó tercera generación no se modifica.... En los indios el tiempo no hace la mella que en nosotros; y así encubren los años, no sólo por lo lampiños, que esto es común á otras naciones, sino porque no encanecen sino muy viejos, de cincuenta y cinco á sesenta y más años...., y así cuando llegan á tener toda la cabeza blanca ó comienzan á tener alguna calva, es allá vecinos á los cien años⁴.» Francisco Javier Clavijero, en su *Historia antigua de Méjico*⁵, dice: «Los mejicanos son de cabellos espesos, negros, gruesos y lisos, de barba escasa, y comúnmente no tienen pelo en las piernas ni brazos. Su piel es de color olivastro.» Finalmente, Francisco de Gómara, que anduvo por las Américas, dice: «Los indios americanos son todos en general como leonados ó membrillos cochos, ó tiriciados ó castaños; y este color es por naturaleza y no por desnudez, como pensaban muchos, aunque algo les ayuda para ello andar desnudos, de suerte que así como en Europa son comúnmente blancos y en África negros, así también son leonados en nuestras Indias, donde tanto se maravillan de ver hombres blancos como negros.... También dicen que no hay crespos, que es otro notable, y pocos calvos, que dará cuidado á los filósofos para rastrear los secretos de la naturaleza y novedades del Nuevo Mundo, y las compliaciones del hombre.»

De estos testimonios podemos colegir que la latitud del lugar, la física constitución del país, las circunstancias atmosféricas, son causas que, tomadas por junto, tienen acción sobre la encarnación de los cueros. Qué tiempo sea necesario para este efecto, ningun-

⁴ *Hist. relac. del reino de Chile*, 1646, lib. III, cap. v.

⁵ L. I, § 15.

no hay que lo pueda averiguar. El citado P. Hervás confiesa que, apoyado en escritos de misioneros, sostuvo primero que los etíopes no se blanqueaban; después, con otras autoridades contrarias, dijo que sí; y por fin, tenida conferencia con tres doctos Jesuitas americanos, concluyó que, «hasta ahora no se tienen las observaciones necesarias para resolver esta duda». Esto decía en 1789. De un siglo á esta parte no estamos más abastecidos de pruebas; pero no es dudoso que el fijarse el color de una casta requiere la paciencia de largos años. En mostrándose un color en un individuo y perseverando en la familia algún tiempo, con la inclinación innata á la especie de transmitir por herencia el matiz granjeado, llega al fin á quedar marcada la tez de los rostros. Júntense á estas causas la humedad de tierras paludosas, lo malsano de los vapores, la miseria, desnudez, desaseo, y se tendrá la razón de por qué los hombres que parecen haber degenerado de la primera fisonomía, deben reducirse á la misma invariable especie⁶; y de aquí por qué, ocupando igual latitud, sean blancos los sevillanos, negros los hotentotes, castaños los de la Plata, y viviendo debajo de la línea sean ateizados en África y en Asia, y no lo sean en Quito, Méjico y Panamá.

Los transformistas son los primeros en declarar, así lo hace Mortillet, que el color de los animales no es divisa general. «Aunque la negrura, dice, diferencia al etíope, se hallan entre ellos casos de albinismo. La selección natural puede mudar razas negras en otras abigarradas⁷». Mas sirviéndole su transformismo de acicate para correr al precipicio, añade el paladín prehistórico: «El antropóideo que se transformó en hombre fué negro, porque los negros son los que más al pro-

⁶ BUDENBACH: *De gener. hum. var. nat.*

⁷ *L'origine sur l'homme*.

pio reflejan los caracteres de los monos, y en África debió de nacer. Pero acosado y preguntado si todos los hombres descienden de los negros, responde sin empacharse, que no; sino que allá en el centro de la India nació otra especie de hombre; pues se sabe que los indios son braquicéfalos, y los negros dolicocefalos de naturaleza. Nótese aquí la liviandad de estos filósofos; á pesar de mantener que más va del mono al hombre que del negro al blanco, y teniendo que ser monogenistas por la consecuencia de su sistema, cavilan para el negro distinto origen que para el blanco, por no rendir á la verdad un tan mísero homenaje.

Lo dicho del color del cutis acomodase también al pelo, que en todos los hombres guarda una ley, y, por el contrario, en las especies mamíferas es muy diversa. En una casta es más espeso y cerrado, en otra más escaso y ralo, aquí crespo y rizado, allí fino y liso, acullá grueso y cerdoso; mas ¿quién ignora que, examinados los pelos todos á la luz del microscopio no se les advierte semejanza substancial, y que todos constan de raíz contenida en el folículo, y de tallo con substancia cortical y medular, consistiendo la diferencia única en ser la sección perpendicular del tallo en los blancos oval, en los amarillos circular, en los negros elíptica? ¿En qué está una tan liviana deformidad sino en las causas señaladas para los matices de la piel? El calor ensortija los cabellos, la humedad los enlacia, las condiciones de la tierra los tornan finos ó gruesos. De manera que traen á mal traer las castas los que las quieren de varias especies.

Engañosa medida es la estatura para seña esencial. La talla media del hombre varía entre 1^m,92 y 1^m,38; aquella es de los patagones. Ésta de los esquimales. Las que de estos términos salen, como la del finlandés Bayamo,

que alcanzaba 2^m,33, y la del enano Hugdson, que no pasaba de 0^m,56, deben llamarse monstruosas anomalías que no han podido perpetuarse. La estatura media de 1^m,65, que viene á ser la española y francesa, se ajustan á todas las castas y á los individuos de cada una.

Los rasgos de la fisonomía tampoco son distintivos especiales, porque son hijos del temperamento, como lo es la proporción de los miembros. Porque la fisiología y la anatomía, por la voz de preclaros naturalistas, han demostrado que las razas humanas, por opuestas que sean, poseen una estructura orgánica, una vida media, una temperatura media, un pulso medio, y otras no menos importantes razones de conformidad que no se hacen reparar en individuos de diversas especies. Á la configuración del cráneo han consagrado los poligenistas su particular estudio; pero en vano. Desbarató sus consejos el estudioso Flourens, resumiendo ante la Academia de París las observaciones hechas, en esta forma: «Los hombres de cualquier casta que sean, blancos ó negros, bermejos ó amarillos, todos miden á proporción igual capacidad de cráneo. Ni el cerebro ofrece diferencias; por el contrario, difieren los sesos humanos de los del orangután en la forma, peso, volumen, lóbulos, circunvoluciones, etc.» Además, es muy incierta señal la figura del cráneo para por ella reconocer la desigualdad de los organismos; porque el estudio del cráneo se reduce á examinar si la sección oval se allega ó se aparta de la circular; y no cabe duda que entre cráneos de iberos, celtas, africanos, asiáticos, americanos, y aun entre los de una misma nación los hay ovales, circulares y de otras muchas figuras.

Cuanto más que la deformidad de los cráneos puede haber sido artificial en muchos pueblos que la consideraban

prenda de hermosura, porque así como los etiopes tienen por buena la tez negra, y los asiáticos hacen honra al negro claro, y los americanos se alaban de aceitunados, y los europeos celebran el color blanco, así también acontece respecto de la cabeza y demás partes del cuerpo. El antropólogo Topinard refiere un sinnúmero de deformaciones artificiales del cráneo en muchas naciones antiguas y modernas, que hicieron grande estima de esas facultades. Para mayor certificación de esto, Francisco de Gómara, describiendo las costumbres de los cumaneses, dice: «Al parir las mujeres, aprietan á los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodón, para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura.» Asimismo Tácito calificaba ciertos pueblos por lo crespo de sus cabellos, por lo recio de sus miembros, por lo encendido de sus rostros: si estos contrastes se han desvanecido en los hijos de aquellas gentes, lo mismo acontece respecto de los cráneos; ni hay entre tales naciones aquella diferencia que en los antepasados se dibujaba y hacia visible, y que debería eternizarse en sus descendientes si de las entrañas de la especie procedieran. En fin, las causas de tantas alteraciones en todas las castas de hombres son, como dicho está, el clima, el sol, la temperatura, la humedad, los alimentos, las costumbres; como lo han demostrado, Buffon en su *Discurso de las variedades de la humana especie*, Wiseman en sus *Conferencias*, Pianciani en su *Cosmogonia*, Pritchard en su *Historia natural*, Quatrefages en la *Unidad de la especie humana*, Müller en su *Fisiología*, Reusch en su *Biblia y naturaleza*, Fredault en su *Antropología*,

Moigno en sus *Esplendores*, y otros muchos escritores de ciencias naturales, que nos excusan la necesidad de extender más el discurso en este particular.

En un punto convienen todos, y es que las causas sobredichas han de considerarse, no singularmente por sí, sino todas á una, y obrando á la vez, pudiendo sumarse en una sola y general, que es el clima. ¿Quién rehusará conceder que la elevación del polo, la condición de la tierra, los aires de mar, las corrientes de los vientos, la calidad de los llanos, montes, alimentos, crianza, en una palabra, que el clima influye á la larga poderosamente, y fija la variedad de tantas modificaciones? ¿Pues negará alguno que «hay (son palabras de Humboldt) en el hombre una asombrosa facultad de organización para el aclimatarse y hacerse á todas las zonas?» Si ella, no se explicarían las colonias de los hebreos, griegos, asiáticos, europeos, que en breve se naturalizaron y medraron en tierras extrañas, cual si fueran propias y nativas. Y quien pusiere en dudosa balanza la aclimatación de las razas, discurra con los ojos por el mapa, y cuente, si puede, las infinitas gentes que han poblado el orbe de la tierra, y verá cuán pocos son los parajes donde sólo hayan vivido indígenas. La Grecia colonizó la Italia y Asia Menor, los asiáticos invadieron la Europa y África, los visigodos y vándalos ocuparon la España, los españoles y portugueses arraigaron en América y en la India; ¿y con cuánta facilidad y ventaja? El clima, junto con la generación y transmisión de la sangre, hace conaturales muchas variedades, cuyos misterios por ninguna otra vía podrían los poligenistas cumplidamente declarar.

Finalmente: es una verdad lejos de toda controversia que ninguna especie

¹ *L'anthropologie*, 1854, p. 183.

² *Hist. de las Indias*, p. 1.^o

³ L. ROULLET DE NEUVILLE: *Revue des quest. scient.*, 1882.

⁴ *Cosmos*, t. 1.

de vivientes es cosmopolita: cada uno ocupa un territorio particular, donde se cría y vegeta, y de él extrañado no puede prósperamente vivir. En ambos mundos ciñense las especies en estrechísimos cotos, y ninguna extiende su fecundidad á toda la faz de la tierra. El oso, el castor, el león, el mono tienen sus querencias en latitudes ciertas y seguras. Lo mismo es de notar en la flora; ¿qué fanerógama prueba bien en todo el globo, siendo cosa averiguada que cuanto es más perfecta la organización, más limitada es la vivienda? Sólo el hombre en todas partes vive, en todas partes procrea, á todos climas se hace, bajo todos los cielos campa, por todas latitudes florece, sin contemplación de razas, sin diferencia de temperamentos.

Ni para aclimatarse y dar origen á una raza son menester las causas lentas de Lyell, ni la infinidad de siglos que él requiere; porque los delineamientos se figuran en menos tiempo de lo que á primer aspecto parece. Si es lícito por lo que los ojos ven tantear los caminos ocultos de la naturaleza, ¿cuántos animales crecieron poderosamente en brevísimo espacio de tiempo! En 1791 nació en los Estados Unidos un cabrito de raro aspecto, y en el día de hoy llenas están de ellos aquellas vegas. En 1828, en un rebaño de merinos, vino á luz un cordero de lana sedosa; y hoy en día es ya casta de grande importancia. Los bueyes gnatos, de fisonomía disforme, criados en el Sur de la Plata entre ganados montaraces, se han propagado con increíble facilidad. Al cerdo casero, recobrada su libertad, ¿no se le vuelven púas las cerdas á las pocas generaciones, los colmillos tamaños de largos, el cráneo aplanado, las orejas tiesas? Al asno, á la cabra, al gato, al perro, al caballo, ¿no les

acontece recobrar sus instintos salvajes, como Roulin observó?

Los enemigos de la verdad que acuden por armas al campo de la antropología para asestar sus tiros contra el dogma de la unidad, interpretan estos efectos ponderando los caracteres físicos de las especies, no tanto con el fin de multiplicarlas, cuanto para de su multitud y cotejo con las razas humanas inferir también la muchedumbre de las humanas especies. Pero de que los tipos sean capaces de modificarse según en qué circunstancias vivan, y de esta verdad pueden leerse hartos ejemplos en la *Revue Scientifique* (1882, Febrero), ¿cómo los antropólogos legítimamente deducen la mudanza de especies? Y aquí séanos leído repetir lo dicho en otra parte con el concienzudo Hamard: «Hase hecho de moda en el día de hoy el acretar en demasía las especies, principalmente en el reino animal. Persuadidos estamos á que las más veces se estiman especies las meras variedades; y no es maravilla se pase así tan de ligero de una especie á otra. El atavismo es el camino seguro que guía al tronco primitivo la rama que momentáneamente se desvió de él. Por eso el Sr. Bordier no esconde la orejiza que al atavismo profesa, cual si fuera un obstáculo al progresivo desarrollo». Así que, la observación de los cambios en las especies animales no empece ni menoscaba la perfecta unidad de la especie humana. Concluyamos, pues, con el sabio Humboldt: «En mi opinión, dice, poderosas razones se versan en la cuestión de la unidad de la especie humana; es á saber: los innumerables matices de la piel, la estructura del cráneo, la analogía que tienen en sus alteraciones los otros animales, y las observaciones positivas que se han

¹ *Principles of Geol.*, p. 660.
² *Revue des deux mondes*, 1869.

¹ HOLLARD: *De la diversité des types hum.*
² *La Controv.*, t. III, p. 491.

hecho sobre los límites de la fecundidad en los mestizos». Y acaba diciendo: «Ora sigamos la división de Blumenbach en las cinco razas caucásica, mongola, americana, etiópica, malaia; ora contemos siete con Pritchard, iránica, turanesa, americana, hotentota, negra, paquia y alfurda, cosa cierta es que no se diferencian estos grupos en alguna nota radical y típica, ni en algún principio de división natural y riguroso».

ARTÍCULO III.

Razones etnográficas. — Parentesco de los pueblos. — Afinidades entre los tipos. — Dificultad que resulta de la lingüística. — Razones astronómicas: los zodiacos. — Razones populares: la cerámica, las costumbres.

No menos que la historia natural la etnografía, que es otro ramo que ha crecido mucho entre las disciplinas modernas, muy á las claras nos muestra el íntimo parentesco que tienen los pueblos desde la más lejana antigüedad. Porque tanta consonancia de costumbres, de tradiciones, de verdades, de ritos, de sacrificios, de inclinaciones, ¿dónde hay arbitrio para declararla mejor que en la comunidad de origen? Para que los pueblos hayan conservado conveniencia de principios y de prácticas, no embargante la diversidad de formas, fuerza ha sido que los derramados por tantos tiempos y lugares hayan vivido largo tiempo juntos con apretadísimos vínculos. Lo más asombroso, y que deja más confuso al que lo considera, no es la conformidad; es la diferencia. El tipo caucásico de cara oval, cabeza redondeada y recta, nariz saliente y delgada, labios delicados, ojos horizontales, cabello tendido y blando, barba poblada, color transparente y claro en todo el semblante; el tipo mongol, de ancha

cabeza, pómulos abultados, labios gruesos, ojos saltones, nariz arrellanada, barba rala, pelo negro y áspero, color cetrino; el tipo etiópico azabachado, cabeza larga y angosta, cara saliente, nariz chata y abierta, labios fruncidos y gordos, pómulos eminentes, pelo corto y crespo, barba lampiña; el malayo, con su cráneo ensanchado, nariz gruesa y ancha, labios enflautados, tez morena, pómulos hinchados, formas esbeltas, genio vivo y emprendedor; el polinesio, de tez verdinegra, boca grande, labios gruesos, cabello abundante, nariz holgada; el australiano, de color moreno, cabello cerdudo, miembros proporcionados; el americano, ojos grandes, pómulos prominentes, nariz larga, labios recios y poco fruncidos, facciones vivas, carácter sensible: todos estos tipos, variadísimos, extraños, y en sumo grado diversos, no tan sólo contraen espontáneamente enlaces unos con otros, y se cruzan, y fundan robusta generación, y se multiplican con holgura y felicidad donde quiera que pueda brotar una planta; mas también se dan la mano en infinitos puntos, profesan la unidad de Dios, el dogma de la creación, la inmortalidad del alma, la caída y depravación del hombre; tienen noticia de la revelación primera, de espíritus buenos y malos, de premios y castigos, de la venida de un Reparador; ejercitan la oración, guardan ritos expiatorios, sacrificios, ceremonias con los cadáveres, promesas sagradas, confianza en el favor del cielo; por manera que á vista de tan general y secreta comunicación podemos con HOLLARD decir: «Ofrécense á nuestra consideración como se presentarían los descendientes de una pareja, si nos fuese dado remontarnos á su primitivo origen; son familias hermanas en estado de dispersión, iguales si

¹ *Cosmos*, t. 1, part. III.
² *Ibid.*

¹ GAINET: *Hist. de l'anc. et du nouveau Test.*, t. III, chap. II.

no en su desenvolvimiento, en la comunidad de su naturaleza ¹.

Pero aquí nos sale al encuentro una no pequeña dificultad. El parentesco de todas las lenguas dista mucho de estar evidentemente demostrado; antes parece que muchos grupos dimanen de diferentes orígenes. Para dar á esta objeción la debida respuesta, es de saber que en ningún siglo se ha cultivado con tanto ardor como en el nuestro el estudio de las lenguas. Cuanto más adentro penetra la paciencia de los eruditos en los laberintos de los idiomas, más íntimas son las afinidades que en grupos diversos descubre. Hace años, los sabios, llevados no sé de qué espíritu de vértigo, habfan opinado, casi *a priori*, que, cotejadas entre sí todas las lenguas, mostraban claras señales de derivación común. Alejandro de Humboldt ², Gouanoff ³, Klaproth ⁴, Heider ⁵, Schlegel ⁶, Remusat ⁷, Niebuhr ⁸, Balbi ⁹, Maury ¹⁰, Wiseman ¹¹, y otros eminentes filólogos, habfan creído que todos los idiomas del mundo estaban emparentados y descendían de una cepa, si bien no declaraban cuál fuera la matriz de que todos provenían. Aguijados de este vivísimo deseo, esclarecido renombre han alcanzado los Vater, Adelung, Klaproth, Pictet, Schlegel, Jones, Grimm, Creuzer, Bopp, en razón de los grandes esfuerzos que han hecho por ver de averiguar la derivación de todas las lenguas conocidas. Empero, menester es confesar que el fruto que

se siguió de sus investigaciones no correspondió al intento ni al trabajo.

La única empresa coronada con sucesos fué la acometida por los lingüistas, que trataron de probar la comunidad de origen que tienen entre sí los idiomas de un mismo grupo. La conformidad que enlaza todos los idiomas indoeuropeos (sancrito, persa, armenio, griego, latín, gótico, alemán), es ya en el día de hoy principio fundamental de la filología; William Jones le puso en clara luz ¹. Un siglo hace, en 1767, el padre jesuita Coërdoux, misionero de Pondichery, en parte había descubierto esta verdad y sacado de esta conveniencia el parentesco original de indios, griegos y latinos ². Pero tocábale al estudioso M. Francisco Bopp acabar de desvanecer toda sombra de duda en su *Gramática Comparada de las lenguas indoeuropeas*. Otros eminentes filólogos no han dejado cosa por hacer atentos á evidenciar la íntima relación entre las lenguas del grupo hamítico (egipcio, etiope, libio), y entre las del semítico (caldeo, siríaco, hebreo, árabe, fenicio). Empero se les desgraciaron todas las tentativas, y sintieron desmayar sus bríos cuando volvieron los pensamientos á investigar qué linaje de afinidad había entre las lenguas indoeuropeas y las semíticas, por ejemplo: ningún erudito habíalogrado declararlo. De aquí resultó que se proclamase por axioma, que existen lenguas irreducibles, radicalmente distintas unas de otras, sin lazo de correspondencia aparente. Con todo, «la ciencia, decía Lenormant, no ha proferido aún su última palabra sobre el parentesco primitivo, ó sobre la diferencia radical de todas las familias de lenguas ³».

En efecto: en nuestros días la filolo-

gía comparada, investigando y apurando con gran cuidado el parentesco entre las dos familias indoeuropea y semítica, entre el sancrito y el hebreo, ha descubierto notables conveniencias, tocante á las raíces primitivas, que anuncian origen común. Porque, dejadas aparte las flexiones y aglutinaciones particulares de cada una de estas ramas, la substancia radical de los vocablos de entrambas indica que, no por casualidad, sino por derivación común acaecen dichas coincidencias, como lo han demostrado Eweld, von Raumer, Delitzsch, Annessi, Ascoli, con pasmo de los eruditos. Y aunque la comparación que se ha hecho de las lenguas semíticas é indoeuropeas con las turanasas, que son las que constituyen el tercer grupo de lenguas matrices, no ha producido el fruto que era de esperar, no por eso han perdido los doctos la esperanza de salir al fin con la empresa, demostrando la afinidad y parentesco de todas las lenguas conocidas ¹.

De donde se puede colegir que los sudores gastados por los lingüistas en hacer de todos los sistemas un cuerpo original no han salido del todo vanos, y que no es prudencia negar hoy rotundamente que haya parentesco entre los actuales idiomas. Lo más prudente sería dudar por ahora, vista la facilidad con que muchos eruditos, empuñados en una demanda, inventan el enemigo y la victoria, y porfiando que han de ver, sueñan primero la vision. Si en realidad de verdad hay enlace entre las lenguas, si de las raíces comunes entre las tres familias principales es dable subir á una lengua matriz y primitiva, ¿cómo tendrán razón los que de la diversidad de las lenguas presumen concluir la diversidad de especies humanas?

Sin embargo, queremos otorgar á

los poligenistas que hayan verdaderamente lenguas irreducibles que no pueden refundirse en la unidad; ¿qué consecuencia pretenden ellos sacar? ¿Que fueron muchas las familias originales que en un principio esas lenguas inventaron? No pueden concluir eso. ¿Quién lo veda? Esta sencilla razón: porque el parecernos irreducibles las lenguas conocidas y no convenir en la unidad, bien puede ser efecto de la insuficiencia de nuestros conocimientos lingüísticos. Porque, fuera de que no hay cosa más mudable que la lengua, nos es imposible tener noticia de las que se hablaron en los tiempos prehistóricos: ¿cuánto más de las que perecieron? ¿Qué diremos, pues, de la primera de todas? Especialmente que donde el lenguaje no está preso con la cadena de la escritura, sería una suerte de milagro el dar con el rastro de cosa tan rodadera y caduca; que así como la especie animal produce variedad de razas, con la misma facilidad la lengua primitiva brotó variedad de idiomas: y como nos sea imposible descifrar la raza primitiva, también lo es barruntar el lenguaje primitivo; y como, por contraria razón, el que sean muchas las lenguas no deroga á la perfecta unidad de la primera, tampoco la variedad de razas quita que fuese una la primera que existió. Y así concluyamos con el filósofo Whitney: «La incompetencia de la lingüística para decidir la unidad ó diversidad de las razas humanas parece del todo é irreveriblemente demostrada ¹».

El poligenista Agassiz, vista la diversidad de idiomas, quiso concluir la diferencia de especies; porque observando que los animales de una especie usan la misma manera de vocear, creyó que el mudar los hombres de lenguaje era indicio de mudanza de especie. Pero se engañaba ciertamente;

¹ *Revue des cours scientifiques*, 1865, p. 347.

² PERRON: *De Homine*, cap. 1, prop. II.

³ *Asia polyglotta de Klaproth*, p. 6.

⁴ *Discours sur l'état fondamental des langues*, p. 61.

⁵ *Asia polyglotta*, p. 10.

⁶ *Mém. de l'Acad. de Berlin*, 1781.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Recherches sur les langues tartares*, vol. 1, p. 29.

⁹ *Hist. romaine*.

¹⁰ *Atlas ethnographique du globe*.

¹¹ *Moultier universel*, 1864.

¹² *Conférences*.

¹ *Recherches asiatiques*, t. 1, p. 422.

² *Mém. de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, t. XLIX, p. 647-697.

³ *Histoire ancienne de l'Orient*, 1881, t. 1, p. 327.

¹ MAX MÜLLER: *La science du langage*.—ANNESSI: *Études de grammaire comparée*.

¹ LENORMANT: *Hist. anc. de l'Orient*, p. 332.

porque si nunca el jumento aprendió á relinchar, ni el caballo á rebuznar, ni la gallina á cacarear, ni la mona á cacarear, ha sido por falta de discurso de razón: por ese motivo nunca el animal perdió su canto. El hombre, por el contrario, puesto en comunicación con otros, de tal manera hace suyo un idioma extraño, que se olvida del propio. Los judíos dieron de mano al hebreo 600 años (A. C.); los francos se despidieron de su germánico 300 después de Clovis; el inglés suplantó la lengua primitiva de los británicos; el griego acabó con los idiomas nacionales de Tracia y del Asia menor; el gallo se desterró por el latín, que fué común en el Sudoeste de Europa; y ¿dónde está el antiguo gótico que en Germania se hablaba? «La razón es, dice agudamente Quatrefages, que la voz del animal es distintivo de especie, y el idioma es distintivo de raza; el atributo específico del hombre no es la lengua particular que maneja, sino el habla, la facultad de articular que le sugiere arbitrios para formar idiomas y variarlos de infinitas maneras». Así que al modo que la variedad de lenguas prueba la variedad de razas, la facultad de hablar convence la unidad de especie; luego no le valen á Agassiz las diferencias de idiomas para autorizar diferencias de humanas especies.

Pasando á la astronomía, no sin grande admiración veremos que todos los zodiacos conocidos nacieron de un solo centro. El de la luna es el más celebrado por la antigüedad. Los pueblos orientales se regían por el curso de la luna, y apellidaban *casas* las constelaciones en que el satélite parecía alojarse temporalmente. Andaba tan valido en el Asia este zodiaco, que era recibido con su nombre y número de casillas ó signos por los árabes, cop-

tos, persas, indios y chinos. Justificalo M. de Guignes, diciendo: «He confesado las nociones que tenían los árabes en astronomía con las de los chinos, las he cotejado con las de otros pueblos de Asia, según mi posible; y heme convencido que todas estas naciones usaban un mismo sistema». Las consideraciones de este afamado autor prueban que desde la Arabia hasta la China corría un mismo orden de nombres, de figuras, posiciones y divisiones celestes, y que en todos estos pueblos el zodiaco comenzaba por Aries: circunstancia maravillosa, que no se debe á las diligencias de los moros como algunos piensan; pues los libros chinos, más antiguos que Mahoma, hacen mención del zodiaco, y en los demás países del Asia se pierde su memoria en la noche de la antigüedad. «Hemos aquí, exclama el citado Guignes, recibidas por árabes, persas, coptos, indios, chinos, veintiocho constelaciones, señaladas con sus nombres, ocupando unos lugares, formadas de las mismas estrellas; y si en algunos países se introducían algunos más astros, no eran de los brillantes, sino de los menos visibles.» Esta general conformidad pone de manifiesto los antiquísimos lazos que mantenían amistad y concordia entre la China y el Egipto, y tuvieron toda el Asia perfecta y familiarmente emparentada.

Por otro camino, yendo con paso muy lento, llegó Humboldt á la misma conclusión y aun la hizo más general. «Los pueblos del Asia poseen, dice, de tiempo inmemorial dos divisiones, una de 28 casas lunares; la otra de doce partes. Considerados los apellidos de las casillas lunares que se usaban en la India, se hacen reparar los nombres del zodiaco tártaro, tibetano y griego: de donde se infiere que el

zodiaco solar de doce signos se formó sobre el lunar de 28 casillas, separándose cada plenilunio del precedente por dos y cuarto casas lunares. Conforme á esto, los días del calendario mejicano obtienen las mismas denominaciones que los signos del zodiaco indio, griego, japonés, tártaro, etc.» De donde colige este autor, que todos los pueblos de entrambos mundos concuerdan en profesar el mismo zodiaco.

No mentemos los ciclos notables de la China y del Tibet, que le han servido al incansable Humboldt para probar matemáticamente el origen asiático de las gentes americanas; pero traslademos aquí, en suma, el razonamiento de este ilustre campeón de la ciencia. Al principio de la conquista de Méjico, los españoles contaban que los mejicanos daban á los días nombres que significaban perro, mono, liebre, tigre; y que los años los denominaban como se acostumbra en China, Tartaria, Japón, Tibet y Mongolia. Empero estos animales, tigres, monos, perros, nombrados en los zodiacos, ni se crían en las alturas del Asia central y oriental, ni en la tierra de Méjico, ni de ellos se tiene noticia en tales puntos; de otra parte les vinieron los nombres: por esta causa, concluye Humboldt, los signos zodiacales inducen á creer que todos los zodiacos de los toltecas y aztecas, mongoles y tibetanos, árabes y chinos, tuvieron origen en el antiguo continente de Asia; y de aquí es obvio inferir el estrecho parentesco de todos los pueblos de la tierra.

Otro investigador de la cultura americana, el marqués de Nadailac, ha hecho observaciones sobre la cerámica, ó fábrica de vasos de barro, publicando varios escritos que declaran qué grado de perfección habían alcanzado estas artes en América: en

uno de ellos, ponderadas las conveniencias entre la cerámica americana y asiática, lleno de asombro exclama: «Todo lo dicho demuestra que el hombre, dondegüera que le estudiemos, presentásenos de una índole, sin que le desmintan sus instintos, necesidades y facultades; antes todos los ramos de la industria concurren á corroborar la maravillosa unidad de la especie humana, y parece ser en los reinos orgánicos privilegio exclusivo de la humanidad». En este sentido abundaba ya el antedicho Humboldt. «Yo reconozco, decía, en la mitología de los americanos, en el estilo de sus pinceles, en su lenguaje y fisonomía exterior, á los descendientes de las castas de hombres que, apartados al principio de la compañía de los demás, siguieron por largos siglos una senda particular en el desarrollo de sus facultades intelectuales y en sus tendencias á la civilización».

Este mismo discurso podemos acomodar á los negros africanos. No son ellos tan bozales como los pinta la fantasía de aquellos historiadores, que no los trataron de cerca. El color no es el distintivo de esta raza, como dicho está: gran parte de ellos, los bosquimanos, son amarillos, otros son castaños, los de Guinea, transportados á América, presto amarillean y componen las facciones. Los berberiscos eran blancos diez y siete siglos antes de nuestra era, como lo declaran los monumentos egipcios. Tampoco son rasgos esenciales y comunes á todos el cabello ensortijado, la nariz chata, los labios abultados, el cráneo largo, el tallo diminuto, el embotado ingenio; en todas estas notas hay sus excepciones y encarecimientos. El volumen del cráneo, en opinión de muchos, le tienen mayor los negros que los chinos. En el orden moral y social ejercitan

¹ *Revue de l'anthropologie*, 1882.

² *Vue des Cora*, 1, p. 242.

³ *Vue des Corallières*, t. II.

⁴ *Mém. de l'Acad.*, t. XLVII.

⁵ M. GAINET: *Hist. de l'anc. Test.*, vol. III.

⁶ *L'espèce humaine*, t. X, chap. XXXII.

oficios de cazadores, pastores, labradores, y se amoldan, aun los cafres y hotentotes, á los primores de nuestra civilización. Á poco que se los trate, nótese que las tribus negras tuvieron en lo antiguo policía adelantada, como lo declaran los monumentos de piedra sitos á la orilla del Níger. ¿Quién ignora el pasmo de Blumenbach cuando hubo recogido toda una biblioteca de autores negros? Y en el día de hoy son diestros, no sólo en las artes mecánicas, mas también en la música instrumental, en la pintura y poesía. La moral de los hotentotes no sufre el desorden del adulterio; creen en un ser supremo y en la inmortalidad de las almas.

No son, pues, los negros raza vil y despreciable que deba ser tenida por apartada de la descendencia común. Cierto, ¿cómo se explicaría que Moisés, caudillo del pueblo más civilizado á la sazón, tomase por mujer á una negra, sabiendo la ojeciza que tenían los egipcios á los abisinios y etíopes, que, según Josefo, habían invadido antes aquel territorio¹, y exponiéndose á presenciar en su misma casa discordias entre su hermana y su esposa²? ¿Hubiera jamás escogido por compañera una raza tan miserable, si fueran verdad los sueños de los antropólogos? Todo se les va en medir cráneos y en examinar pigmentos, y en tener poca cuenta con la parte racional y de costumbres. «La excelencia de una raza se cifra por ventura en señales exteriores?» preguntaba Quatrefages; y respondía: «Mirando las cosas de cerca, todo nos fuerza á pensar que no³». La craneología, la fisiología, la biología, poco camino harán siguiendo por tales trochas⁴, porque la etnografía deshará sus artificios,

consumiendo con el fuego de la verdad la herrumbre de sus tropelías.

ARTÍCULO IV.

Población de la tierra.—Centro de los hombres postdiluvianos.—Satisfacción á la dificultad de la aclimatación.—Población de las Américas.—La teoría de los centros es digna de censura.

RESTA que declaramos por dónde pudieron los pueblos, siendo unos en el origen, apoderarse de todo el orbe y ocupar las regiones más apartadas. La controversia de los orígenes de las gentes es la más enmarañada y dificultosa de resolver de cuantas trata la etnografía. Por algún tiempo prevaleció la hipótesis que el centro del Asia había sido el lugar de división, donde después del diluvio se recogieron las familias humanas y se derramaron por la redondez de la tierra. En estos últimos años parece que va echando raíces y ganando crédito la opinión que enseña no haber tenido la humanidad después del diluvio su asiento en la Bactriana, país de los aryas, sino en la cordillera del Cáucaso, es á saber, en la Mesopotamia, desde donde nuestros mayores salieron á repoblar toda la superficie terrestre. Aun en nuestros días no faltan autores que propugnen que los aryas descendien de la Armenia, y que allí esta casta de hombres creció y se repartió por el resto del Asia y ocupó toda la Europa. El Dr. Hermann Brunnhofer hace pocos años, y antes de él Anquetil Duperron, Kleuker, Herder, Peschel, Heeren y Müller habían señalado por cuna de los aryas las cumbres de la Armenia. Los adversarios mismos de las opiniones de Brunnhofer concuerdan en que los aryas y los semitas tienen parentesco entre sí¹. Mas, no entrando ahora en esta contienda, y remitiéndonos á lo dicho

antes², lo que más importa establecer, es cómo les fué empresa fácil señorear las cinco partes del mundo á los hombres descendientes del patriarca Noé.

Primeramente el Mediterráneo facilitaba á los pobladores del Occidente la ejecución de sus intentos, dando lugar á que unas familias se acampasen á lo largo del litoral, y otras se metiesen tierra adentro en caravanas á poblar el corazón de la Europa. Sobreviniendo del Asia nuevas colonias más adelantadas en las artes, disputaron á las primeras la posesión de su territorio; y éstas, inferiores en fuerzas, no pudiendo resistir el ímpetu de los usurpadores, hubieron de buscar al abrigo de los montes remedio á su desolación, cediendo á los enemigos el centro europeo que habían habitado. Entre estas prístinas familias cuentanse los vascos y los finlandeses, amparados aquéllos á la sombra de los Pirineos, y reducidos éstos al Norte de Europa, como antes dijimos³. Anteriores, pues, á los iberos y celtas, fueron en España los vascos; los cuales, haciendo después comunes los intereses con los iberos y celtas, dieron nacimiento y fundación al pueblo español, y propagaron las artes, industria y animales domésticos, y desmontaron y desbrozaron el suelo virgen, limpiándole de las fieras bravas que le infestaban. Empero los vascos son la gente solariega y principal que puso primero los pies, y mandó como señora en los dominios de la Península. Esta es la opinión que, por más ajustada á la verdad, defienden los sabios Rioult, Hamard, Cruel y otros que distan infinito de ser españoles.

El alemán Vogt pone dificultad en la población de América, Australia y archipiélagos de Oceanía, y quiere que los americanos sean hijos del suelo que los sustenta. Indudablemente

«colocándonos en el territorio de la ciencia, es imposible averiguar si los americanos son nativos de aquel suelo ó si partieron de remotas regiones para poblar las Américas⁴»; por eso á la luz de la revelación debemos el perfecto conocimiento de la unidad de nuestra especie; sin embargo, el infatigable Nadaillac, después de pasar por la crítica todas las noticias que han logrado los modernos hasta el día sobre el hombre antiguo americano, saca esta importantísima conclusión: «Por mucho que sabamos, el hombre del Nuevo Mundo es por su estructura huesosa del todo semejante al hombre de nuestras regiones. Hecho de indisputable importancia, tanto más digno de consideración, cuanto que la fauna mamífera americana difiere singularmente de la fauna mamífera de los antiguos continentes. Esa misma semejanza hallamos en las producciones del hombre, armas, utensilios, vasijas, las cuales presentan las mismas formas, variedades y procedimientos. Por doquier igual es el instinto de sociabilidad, por doquier las mismas necesidades se satisfacen con iguales remedios. La identidad del ingenio humano en todos climas y comarcas me parece tan asombrosa como la semejanza del esqueleto⁵».

Ni resulta inconveniente en la población de las Américas. Como si fueran en lo antiguo menos practicables los viajes que en nuestro tiempo; como si le hubiera faltado en algún siglo al hombre consejo, destreza, arrojo y constancia para hacer frente á los montes de dificultades que se le pusieran delante. Seiscientos mil kalmukes, cerca del Volga, juntáronse en 1771, impediendo Catalina de Rusia, y mandados por Zabeck Dorchi, acometieron la haznosa empresa de viajar al imperio

¹ Nadaillac: *Les plus anciens vestiges de l'homme en Amérique*, 1891.

² *Ibid.*

³ Cap. xiv, art. 1.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Revue des quest. scientifiques*, 1885, p. 263.

¹ *Antiquit.*, l. II, cap. v.

² *Numer.*, cap. xii.

³ *Revue scientifique*, 1881, 17 déc.

⁴ V, cap. xii, art. III.

de la China. Dentro de ocho meses, arrojando fríos, calores, hambres, sed, por breñas y riscos, caminando el espacio de un cuadrante terrestre, arribaron al término de su viaje, no sin haberse quedado en el camino más de un tercio de caminantes. Pues, ¿tan difícil de practicar sería en los siglos pasados la emigración por tierra? Cuanto más que la Polinesia fué habitada de navegantes, surtos del archipiélago indio; y con mayor razón pudo serlo la América entrando sus pobladores por mar, yendo del Oeste al Este. No hace á nuestro propósito determinar quiénes fueron los progenitores de la gente americana: escritores hay que señalan los hebreos, otros los fenicios, otros los vascos, otros los romanos, otros los chinos, otros los mongoles; y aun aquí unos autores admiten una sola casta de pobladores, otros abrazan tanta diversidad de castas, que aun sólo el Perú estiman fundado por varias naciones de gentes. Lea quien quisiere en los importantes *Estudios críticos* del celoso P. Ricardo Cappa (S. J.) la diversidad de opiniones en esta materia¹.

Pero veamos: ¿qué inconvenientes podían hacer al hombre embarazosa la aclimatación? La raza blanca es capaz de naturalizarse en ambos hemisferios, la amarilla emigra frecuentemente viendo cuán fácil le es ajustarse al clima, los chinos han extendido su industria por las Américas, los judíos se alaban de ser señores del globo, á los negros la felicidad los acompaña en los Estados Unidos fuera de la zona tropical. Presupuesta la capacidad en el hombre de triunfar y tener entera salud debajo de cualquier cielo, es muy conforme á razón pensar que el primer apetito que se despertó en los hijos de Noé, á poco de secarse la tierra después del diluvio, fué el

deseo de correr tierras y descubrir más dilatados horizontes, según el mandamiento que se les había intimado por el Señor luego en saliendo del arca: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra». Puso espuelas á este deseo la necesidad. Juntos los descendientes de Noé en las llanuras de Senaar, frustrada su ambición en la fábrica de la Torre, viendo con estupor que ninguno de los presentes se podía averiguar con sus convecinos, no hubo otro remedio sino desterrarse y apartarse unos de otros, llevando cada cual consigo su algarabía, fiado en la divina Providencia que tenía la mano en aquel impensado acontecimiento. El hombre postdiluviano, dotado de fisonomía particular, ni blanco ni negro, amarillo tal vez, cabello terso y tendido, creció, se multiplicó, colonizó, emigró, rodeó la tierra, y luchando con la inclemencia de los climas, llenó el mundo otra vez con los efectos de su industria. El caudal de los ríos no le estorbaba el paso al que tenía ingenio para esguazarlos y hacerlos servir á sus intentos, los bosques vírgenes tampoco eran parte para retardar sus empresas, su infatigable diligencia pasaba los anchos lagos, su denodado esfuerzo atravesaba los vastos páramos, al que era diestro en el arte de lidiar con las fieras los viajes por el continente no ofrecían insuperable dificultad.

¿Serían mayores los imposibles por mar? En el día de hoy expedito es y muy practicable el camino á la Océania por Malaca á Sumatra y á la Sonda, ó si no por la China, isla Formosa, Filipinas, Carolinas, á Nueva Guinea. Menor embarazo presentaría el paso de Europa á las Américas por el Norte, donde la Islandia y Groelandia abrirían rumbo seguro. Además, las corrientes marinas del Pacífico, que

¹ Parte segunda: 3.ª edición, 1889, *Apéndices*.

¹ Gen., ix, 1.

van del Japón á la América, si las conocieron los japoneses, como las conocemos hoy, induciríanlos á las costas de la California derechamente; y asimismo la contracorriente que discurre de Este á Oeste y sigue la derrota de América, y otra que toma el rumbo de Terranova y muere en la costa de África, caminos eran muy apropiados para allanar el paso por mar. En prueba de esto trae Quatrefages el ejemplo de los chukchis, casta que antes vivía en Asia, y actualmente mora en la costa de América. «Este sólo caso, añade, bastaría para demostrar cómo el antiguo continente pudo descargar sobre el nuevo gran parte de su población». Finalmente, la corriente ecuatorial del Atlántico, que quiebra su furia en el cabo de san Roque, partiendo de África, serviría también de pasaje; sin mencionar ahora la famosa Atlántida de Platón, que algunos, con Nadaillac, no tienen por tan increíble, y sería de fácil paso á las Américas en los siglos prehistóricos.

Todas estas son respuestas que deshacen las dificultades presentadas por los enemigos de la unidad de nuestro linaje; que tienen por engañosa fantasía la población de las islas y continentes de América por gentes extrañas. Bajando ahora á tratar de cómo en hecho de verdad hubo fácil paso en lo antiguo para las Américas, dicho va de qué manera el Dr. Cruel, versado en estas materias como el que más, concebía que las gentes asiáticas habían por el Norte de Europa pasado al Nuevo Mundo. Y que muchos siglos antes que el inmortal Colón diera vista á las costas americanas hubiese camino expedito, se saca, entre otros clarísimos monumentos, de las Bulas de Gregorio IV y Pascual I. Porque en el año de 822 fué enviado por la santidad de

Pascual I á las islas del Septentrion, Islandia y Groelandia, el obispo Ivon, como consta del decreto expedido por el Sumo Pontífice para encomendarle aquella santa misión, y puede verse en el *Magno Bulario*¹. En 831 el Papa Gregorio IV fundó asimismo en Hamburgo una silla arzobispal, que tuviese rendidas á su jurisdicción todas las naciones del Norte, convertidas á la fe por el celo apostólico del santo obispo Ivon. En la Bula antedicha nombra el Romano Pontífice «á Auscario y á sus sucesores por delegados suyos en todas las gentes circunvecinas de la Suecia, Noruega, Esclavia, Dinamarca, Irlanda, Groelandia, y de todas las naciones boreales y occidentales de cualquier casta que sean». En 849, el Papa León IV le otorga al mismo Auscario la honra del sagrado palio²; con que ya en el primer tercio del siglo nono profesaban la fe romana los pueblos septentrionales, y señaladamente la Irlanda y Groelandia, que distan brevísimo trecho de la América del Norte. Aun antes del siglo nono, en vida de San Bonifacio, apóstol de la Germania, de 716 á 755, san Virgilio tuvo con este varón santísimo una contienda, á causa de que, contra la opinión de san Bonifacio, afirmaba Virgilio que existían antípodas, y apoyaba su aseveración en ser redonda la tierra, y en noticias que como buen isleño había oído á los navegantes que corrían aquellos mares; de lo cual dijimos en otro lugar³.

Pero demostremos con razones eficaces el suceso de la población americana. Sea la primera la que nos suministra el marqués de Nadaillac en su obra *La América prehistórica*, 1883. Fundado en pruebas positivas, sostiene que los americanos no son hijos de

¹ T. I, p. 271.

² *Magno Bulario*, t. I, p. 278.

³ *Ibid.*, p. 291.

⁴ Cap. XXIX, art. III.

la tierra; porque las tradiciones que conservan en orden á gentes arribadas por mar, son sin número é irrecusables; en ellas se habla de perturbaciones climáticas, de turbiones y diluvios antiquísimos, de trastornos y catástrofes, que se corresponden y cuadran bien con la antigüedad de la época postdiluviana y con las tradiciones asiáticas.

La segunda razón es que en tanta variedad de fisonomías como hay entre los americanos, señalanse los esquimales, chippeway y pieles-rojas, que parten sus límites con el golfo de Méjico y Canadá, y son dignos de consideración por el tipo singular, nariz grande, ojos vivos, tez cobriza, pelo negro, barba escasa: señales que denotan decadencia de antigua prosperidad, y no brutal salvajez, como al fantástico Chateaubriand se le antojó. Y por eso es más de estimar el juicio del sabio Berard, que tiene á los esquimales y chippeway por razas asiáticas; ni menos lo son las pieles-rojas, así llamados por lo bermejo del cuero, anomalía singularísima en toda la América.

En tercer lugar, es constante tradición de los mejicanos que el solar de los antiguos toltecas estaba allende los inmensos mares. Cuentan que su religión consistía no en adorar madera ni piedra, sino en alzar los ojos al cielo y en guardar las leyes del Sumo Hacedor. De aquella ociosidad, malcontentas algunas familias, dicen que resolvieron alejarse de su patria, y embarcándose en siete fustas, dieron fondo en Panuco, viniendo de la parte de Oriente. Todo esto refiere el erudito Domenech en su *Viaje pintoresco*. El mismo autor narra la tradición de los Quichés, que blasonan de haber sido los primeros que arribaron á Guatemala, y enseñaron leyes y policía á los toltecas. Ni disuena de esto lo que el sabio P. de las Casas dejó escrito sobre

la memoria que en Yucatán se festejaba de veinte capitanes ilustres salidos de Oriente siglos hacía, de traje largo, luenga barba y autorizado acompañamiento.

Siguiendo al citado Domenech, los documentos históricos de los escandinavos no dejan poner duda en los sucesos arriba mencionados. En cuya confirmación y á mayor abundamiento halláronse en los Estados Unidos lápidas y monumentos sepulcrales, que comprueban el origen asiático de los americanos. Además, se refieren en dicha obra navegaciones de normandos y groelandeses por el Norte y Oeste en el siglo x de nuestra era, que hacen menos increíbles los testimonios de Platón, de Teopompo y de Diodoro sobre el hundimiento de la Atlántida. Sea de esto lo que fuere, no es posible dudar sino que el estrecho de Behring, las dos cadenas de islas Kuritas y Aleutinas, y las de Sandwich y Otahiti, ofrecieron fácil paso para poblar por el Norte de Asia.

Pero las comarcas más habitadas fueron Méjico, Perú y Mississipi; y aquí tenemos gran copia de razones en abono de la unidad de la especie humana. Conforme la relación que nos dejó D. Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*, constaba Méjico de muchas y muy variadas generaciones de gentes: la más antigua era la de los chichimecas de Aculucán, que eran hombres religiosos y devotos, y adoraban el sol por los años de 720 de la era cristiana. Doscientos años hacía que habían llegado á Aculúa unas gentes guerreras de gran lustre y policía cuando los chichimecas comenzaron á desear su rudeza y á comunicar con ellos por matrimonio. «En este medio tiempo, escribe el historiador, llegaron á esta tierra los mejicanos, nación también extranjera, y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son

de los mesmos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es todo una, y dicen que no trajeron señores, sino capitanes... Crecieron tanto en hacienda, que muy en breve tiempo fueron mayores señores en la tierra que los Aculúa y que los chichimecas.»

Favorece, además, este discurso el relato de Pedro Cieza de León, que en su *Crónica del Perú*, cuenta cómo á principios del siglo xvi Francisco Pizarro fué gobernador de Uraba, y los muchos trabajos que pasó con los indios: «los cuales, añade, según decían, no eran naturales de aquella comarca; antes era su antigua patria la tierra que está al Rio Grande del Darien». Y más adelante dice: «También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos ha que se entraron en la provincia... Yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias». Muchos otros testimonios podríamos aquí juntar en prueba de ser constante tradición en América que sus moradores deben su origen á otras gentes apartadas de países lejanos.

Finalmente, el antedicho Francisco de Gómara refiere cómo Vasco Núñez de Balboa, partiéndose del Darien, y llegado á Cuareca, «halló algunos negros esclavos. Preguntó de dónde los habían, y no le supieron decir ó entender más de que había hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenían guerra muy ordinaria. Éstos fueron los primeros negros que se vieron en India, y aun pienso que no se han visto más». Y aunque Bernal Díaz del Castillo en su *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* se dedicó muy de asiento á corregir los yerros y encarecimientos de Gó-

mara¹, dejó pasar esta relación sin irle á la mano; tanto más, que Gómara repite adelante, al hablar de la ley de los indios, la misma noticia de los negros de Cuareca. «Por lo cual, añade, es opinión que va en los hombres y no en la tierra; que bien pudo ser, aunque todos seamos nacidos de Adán y Eva, bien que no sabemos la causa.» Ni es para omitido lo que el propio historiador cuenta del viaje que en 1542 hizo Francisco Vázquez con los suyos á Quivira, población sita á los 40° de latitud. «Vieron, dice, por la costa naos que traían arcastraces de oro y plata en las proas con mercaderías; y pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta días.» Cuyo dicho confirma galanamente el juicio de M. d'Eichtal, diligente observador de las antigüedades mejicanas, donde descubrió evidentes prendas del budismo indio, y examinando figuras indias y japonesas, se ratificó en que guardaban con las de Méjico y Yucatán muy cercana semejanza. Todo lo dicho demuestra cuán fácil camino tenían abierto los americanos á la comunicación con las otras partes del orbe, y cuán antiguo es su linaje.

La civilización peruana y mejicana hace infinitas ventajas á la de las tribus circunvecinas del Este, Californias y litoral del Pacífico: porque la desigual disposición de los ingenios no viene de viciosa organización física, es más bien accidental, y pende en grandísima parte de las condiciones del clima. Estos pueblos, no contentos con hacer uso de los metales, sin dejar de gastar armas y flechas de piedra, poseían todos los grados de esplendor á que pueden aspirar naciones florecientes. Testigo el imperio de los incas. La hermosura del cielo, la riqueza de la tierra, la abundancia de productos, la situación geográfica, la vecindad de los mares, ayudaron pode-

¹ Cap. vi.² Cap. xxiv.³ *Hist. general de las Indias*, parte primera.⁴ Cap. xxvii.

rosamente al crecimiento intelectual y moral de estos pueblos, haciendo que, no sólo conservasen en su lustre las recibidas tradiciones, sino que granjeasen estimación por sus ingenios entre las naciones sabias, en tanto que otras gentes, ó por menos favorecidas del clima, ó por más indolentes y ceceras, libraron su bienestar en la caza y en la pesca, quedando por largos siglos envueltas en las nieblas de una barbarie y lastimosas ignorancia.

Resumiendo todo lo dicho, la razón más principal, y que ha quedado hasta hoy sin respuesta, es la identidad humana en todo lugar y tiempo. El hombre, en medio del torbellino de alteraciones en la fauna y en la flora, á pesar de las diferencias de tipos animales que en los tiempos cuaternarios sucedieron en América, Europa y Australia, ha guardado siempre la misma estructura, los mismos instintos, unas costumbres, igual cultura intelectual y moral, idéntico estilo en los tómulos, parecidas armas, semejantes invenciones, reproducción de ritos, repetición de industrias, persistencia en las mismas tradiciones, continuación de las mismas creencias, práctica de los mismos deberes; y cuando el mono siempre mono se quedó, y la abeja abeja, y el perro perro, y el atún atún; y cuando en la permanencia del instinto tenemos argumento firme de la unidad de la especie, porque ni las moscas hacen panales, ni las abejas silos, ni las hormigas cera, ¿cómo no concluiremos definitivamente que, pues los hombres han perpetuado sus propios instintos, no obstante la inmensidad de los océanos ni el transcurso de los siglos, son propia y verdaderamente miembros de una sola familia, hijos de un mismo padre, individuos de una misma especie, única y privilegiada?

Fijando ahora la atención en lo hasta aquí discursado, ¿qué juicio deberemos formar de la teoría de Agassiz, cuyos

principios parecen tan contrarios á los de Darwin? El valeroso Quatrefages, en su obra *L'espece humaine*, una de las más sabiamente escritas en esta materia, acomete la refutación de la hipótesis de Agassiz en el libro iv, y analizándola, señala los extravíos de este varón, tan benemérito por sus luchas con el darwinismo. «Agassiz y Darwin, dice Quatrefages, por haber querido atenerse á la morfología y desconocido la parte fisiológica de esta cuestión, dejándose llevar de la corriente de una lógica que partía de hechos incompletos, han llegado por caminos diversos á un resultado igual. Ambos desconocen este grande hecho, que el sentido común entiende, la ciencia demuestra y domina en zoolo-gía y botánica; á saber, la división de los seres organizados en grupos elementares fundamentales que se propagan en el espacio y en el tiempo. Empero Darwin, partiendo de los fenómenos de variaciones que ofrecen los seres, no ve sino razas en las especies; al paso que Agassiz, solamente atendiendo á los fenómenos de fijeza, viene á no ver más que individuos en la naturaleza viviente. Ambos olvidan que nuestro gran Buffon había caído en todos los extremos para venir á la doctrina que explica todos los hechos resumidos en estos términos: distinción de la raza y de la especie.» Y más abajo, añade: «Propio de Agassiz es haber dado al hombre por patria primera todo el globo, y haber admitido que las razas habían nacido como los animales y vegetales, teniendo cada raza un centro de creación.... Pero en su expresión se esconden graves errores antropológicos.¹ Valos desentrañando y confutando el insigne naturalista con solidez de razones, según que hemos procurado hacer hasta aquí, sin dejar escapatoria á la más ciega terquedad.

¹ Liv. iv, chap. xiv.



CAPÍTULO XLVII.

LA VIDA RACIONAL.

«*Faciámus hominem ad imaginem... nostram.*» (V. 26.)

ARTÍCULO I.

El origen celeste del alma según los filósofos antiguos.—Sentimiento de los santos Padres en este particular.—El alma no se transmite por herencia.—El alma humana es principio substancial de la vida racional, sensitiva y vegetativa.—Condenación de la doctrina de Günther.

Cuán levantada sea la vida del hombre sobre la esfera de las vidas hasta ahora consideradas, infiérese bien del nombre Señor, que emplea el inspirado Moisés después de formado el hombre. Antes de criarle, se da Dios á conocer en calidad de Hacedor, y por tal le nombra Moisés con el atributo genérico de *Elohim*, excelso y adorable por excelencia; pero criado que fué el hombre, apellídale *Jehová*, nombre sacrosanto, propio de Dios, que suena el ser que por sí mismo existe, inmutable é independiente. La Vulgata le traduce Señor para declararnos, como agudamente notó el P. Fr. Luis de León, que si mientras que existieron animales y plantas no capaces de entender el señorío de su Hacedor ni de reconocerle propiamente por Dios, no había por qué calificarle; pero nacido el hombre que le podía entender y no le podría ver en esta vida, era necesario que le nombrase¹.

¹ Nombres de Cristo, l. i, § ii.

Ya los Santos Padres repararon en esta mudanza de vocablos, y buscaron la razón. La de Tertuliano viene á ser ésta del Maestro León, que acabamos de apuntar. «Después de hechas las cosas, dice, y en particular el hombre que propiamente había de entender al Señor, es llamado Señor.²» Y san Agustín dijo: «Escribióse estas palabras, para avisar al hombre cuánto le convenga tener por Señor á Dios y vivir debajo de su dominio.³ La razón principal es que *Elohim*, significa á Dios como Criador y Gobernador; pero *Jehová*, representa la fidelidad de Dios en sus promesas, y denota la bondad divina en atraer al hombre y en comunicarle la revelación de sus secretos, como en otra parte se dijo.¹ ¿Qué quiere ser esta conveniencia, sino que el alma humana, imagen de Dios, sobrepuja y vence al alma de los brutos cuanto la capacidad de conocer y amar á Dios vence á la de sentir y vegetar? Tal es la excelencia de la vida racional. De ella trataremos brevemente, apuntando las principales prerrogativas de nuestra alma.

Quienquiera que abra los escritos de los filósofos paganos, no podrá menos de quedar atónito viendo con cuánta

¹ Adv. Hermog., iii.

² De Genes. ad litter., l. xi.

³ Cap. viii, art. i.